

La subjetividad como propuesta de conocimiento

Dimensión subjetiva del género: una aproximación desde los relatos de vida

Dariela Sharim Kovalskys

Psicóloga, Investigadora de SUR Profesionales Consultores

Las últimas décadas muestran un nuevo panorama respecto a la condición de género. El acceso de las mujeres al mercado laboral, la equidad en el nivel educacional y la mayor participación masculina en la crianza de los niños constituyen expresiones contundentes de los nuevos tiempos.

Sin embargo, el análisis de estos cambios no resulta tan claro, pues forman parte de un proceso difícil de evaluar. Los indicadores que hasta hace poco considerábamos reveladores directos de la condición de género (como el nivel educacional o la inserción laboral), ya no parecen ser suficientes para dar cuenta de ella en toda su complejidad. Hay otro tipo de variables —ligadas a la subjetividad— que también es necesario incorporar para acercarse a una evaluación más completa de la dimensión y cualidad de estos cambios.

La dificultad para caracterizar dichas transformaciones también se relaciona con la gran cantidad de contradicciones presentes tanto en nuestras prácticas como en los discursos relativos al género. Al mismo tiempo que incorporamos elementos modernos, menos estereotipados respecto a lo femenino y masculino, seguimos dictámenes ancestrales que continúan moldeando nuestras conductas y actitudes en tanto hombres o mujeres. Se genera así una importante distancia entre las prácticas y los discursos. A veces, las prácticas son más modernas que los discursos; y, otras, la distancia se produce en el sentido contrario.

Es precisamente este desfase uno de los factores que nos estimula a redimensionar el plano de la subjetividad en relación con la categoría de género. Con esto aludimos a que éste no sólo nos refiere a las condiciones "objetivas" de desigualdad. Más aún, la condición de género, cuando se juega en el ámbito privado y en la dimensión de la subjetividad, adquiere una dinámica propia, una lógica particular, más cercana al funcionamiento psicológico. Y este funcionamiento, si bien tiene una lógica propia, es de una autonomía relativa, pues está supeditado a las condicionantes sociales, culturales y políticas que están en la base de la condición de género.

Pero al introducir la dimensión subjetiva del género, no hablamos de una internalización mecánica y directa de valores y normativas socioculturales respecto a esta condición. La real comprensión de esta dimensión requiere de una articulación de los diferentes registros en interacción: la esfera de lo social, de lo microsocio y de lo propiamente psíquico.

En otros términos, cuando nos planteamos frente a los cambios que han operado en el ámbito de la condición de género, es necesario abordar las distintas dimensiones involucradas. Una perspectiva esencial es aquella que se ubica en la articulación de los procesos psicológicos y los fenómenos sociales.

El enfoque biográfico es una de las aproximaciones que permite trabajar en esta perspectiva de articulación, lo que resulta particularmente fecundo en los estudios de género, en los cuales este trabajo de integración es todavía insuficiente en relación a la gran cantidad de miradas y aportes acumulados (Gomariz 1992).

El enfoque biográfico

Investigar desde la subjetividad, desde lo singular, no es sólo cuestión del número de casos. Se trata de un abordaje definido desde un enfoque teórico-metodológico, cuyas principales propuestas quisiéramos destacar a continuación.

El enfoque biográfico plantea el paso desde la expresión colectiva de un fenómeno social, a su consideración en el espacio del individuo singular.

La técnica de investigación privilegiada de este enfoque es el relato de vida. De aquí deriva uno de sus desafíos más importantes, en el sentido de cómo vincular la historia de vida, que es por esencia un abordaje de lo singular, con la pretensión de construir una teoría universal de la biografía (Legrand 1993:176). En otros términos, cómo la subjetividad inherente a la autobiografía puede transformarse en conocimiento científico.

Al respecto, Ferrarotti (1983) plantea que cada narración autobiográfica da cuenta, en un corte horizontal o vertical, de una práctica humana. Para el autor, una vida es una práctica que se apropia de las relaciones o estructuras sociales, las interioriza y las re-transforma en estructuras psicológicas, constituyéndose así en una totalización activa del contexto social. Cada vida humana se revela, incluso en sus aspectos menos generalizables, como expresión vertical de una historia social. Así también, cada comportamiento y acto individual aparece, hasta en sus formas más singulares, como la expresión horizontal de una estructura social.

Este enfoque se orienta, por tanto, a la historia de vida singular, considerando al individuo en toda su complejidad, en tanto psiquis, individuo social y sujeto. Esto significa que estamos frente a una proposición dialéctica que incorpora al análisis la interrelación de los diferentes registros involucrados en una situación determinada: lo social, lo microsocio y lo psicológico. De este modo, se plantea un trabajo interdisciplinario que permita la confluencia de las distintas disciplinas y de la especificidad de sus aportes, concibiendo la interdisciplinariedad como un espacio privilegiado para la reflexión.

Lo central de este enfoque es no remitir lo individual a la dimensión de lo desconocido y del caso particular. Cuando se trata de dar cuenta de la práctica humana, es el razonamiento dialéctico el que nos permite comprenderla científicamente, reconstruyendo los procesos sociales que se integran en un comportamiento singular. Este razonamiento nos permite interpretar la objetividad de un fragmento de la historia social, partiendo de la subjetividad de una historia individual. De este modo, podemos pretender alcanzar lo general y lo universal, basándonos en lo individual y lo singular (Ferrarotti 1983).

Estos planteamientos legitiman la tentativa de leer una sociedad a través de una biografía, y constituyen un camino de reivindicación de la subjetividad de la ciencia. Aquello que hace único a un acto o a una historia individual, se nos presenta como una vía de acceso al conocimiento científico de un sistema social.

La investigación clínica

El enfoque biográfico se inscribe en lo que se ha denominado Ciencias Humanas Clínicas. De acuerdo con M. Legrand (1993:172), la definición de lo clínico no se refiere a una división simplista entre las ciencias que recuperan lo singular y aquéllas que no lo hacen. La distinción se refiere más bien a aquellas ciencias que "reabsorben lo singular en lo general y las ciencias que recuperan lo singular por sí mismo, como lo hacen las ciencias humanas clínicas". Éstas reconocen lo singular en todo su espesor y en su "brillo" propio, viendo en ello más que "un simple ejemplo de lo general". Pretenden encontrar en lo singular, paradójicamente, un camino posible, incluso privilegiado, hacia el conocimiento de lo universal.

El postulado clínico es entonces, como lo dice Pineau (1983), que lo personal, lo individual es una vía más segura hacia lo universal que la norma o el promedio. Ésta es una paradoja, dice el investigador, más fácil de constatar que de explicar.

Lo clínico está tomado aquí como una metáfora, ya que no se trata de una actividad médica ni terapéutica, sino que constituye una acción de investigación.¹ Lo metafórico tiene que ver con el hecho de que la propuesta de investigación clínica alude a:

- situaciones singulares y concretas;
- una reacción ante situaciones sociales de sufrimiento y malestar social que sugieren, por tanto, un sujeto social en crisis;
- un trabajo que se desarrolla en la interacción entre los investigadores y la población;
- el trabajo científico sobre la subjetividad. Aquí lo subjetivo no es una barrera o limitación del trabajo, sino parte del material que se va a investigar, ya que los elementos subjetivos tanto del investigado y del investigador como lo propio de la relación, constituyen también un contenido vinculado al tema de investigación;²
- una investigación que requiere de experiencia en la práctica e intervención social. Se trata de una manera de producir conocimiento basada en la práctica de trabajo colectivo, en la comprensión de realidades diversas y en la experiencia de confrontación de hipótesis.

El relato de vida en tanto acción social y relación recíproca, parece ser un muy buen ejemplo del enfoque clínico en las ciencias humanas. Esto, ya que implica un conocimiento de lo singular y, más aún, emerge de una relación recíproca, donde la subjetividad de ambos participantes se pone en juego (Legrand 1993).

De las contradicciones sociales a los conflictos psíquicos

El análisis de un relato de vida puede abrirnos, como decíamos, al conocimiento en un espacio de articulación de lo social y lo psicológico. En este espacio, la relación entre contradicciones sociales y conflictos psíquicos constituye un gran desafío.

¹ Esta descripción de la metáfora clínica está basada en la ponencia de Jacques Rhéaume, "La aproximación clínica en las Ciencias Humanas", en este mismo volumen.

² Véase artículo de M. Legrand (1998): "La contra-transferencia del investigador en los relatos de vida", en este mismo volumen.

Un aporte a la comprensión de esta relación resulta del análisis de la multiplicidad de espacios sociales simultáneos en que se ubica cada sujeto, como una situación portadora de contradicciones. Un ejemplo dice relación con la situación de las mujeres. La pregunta se refiere a si hoy día no se propone un rol femenino definido o si más bien ellas se encuentran confrontadas a diversos roles definidos y contradictorios. Esta última alternativa es confirmada por A. M. Daneau (1988) en un trabajo que muestra la disociación que experimentan las mujeres frente a los dos modelos femeninos a los cuales se encuentran expuestas: aquél de la mujer tradicional, buena madre y esposa, y otro de la mujer moderna, exigida en términos del desarrollo de su autonomía y potencialidades. De aquí se derivan las preguntas respecto a las consecuencias de estas contradicciones: ¿Se transforman acaso en conflictos psíquicos? ¿Son entonces portadoras de un potencial riesgo neurótico?

Frente a este tipo de interrogantes, puede plantearse la necesidad de comprender en qué medida la historia influye en la producción de subjetividades; cuáles son las mediaciones que conducen de la historia social a la historia personal; cómo, finalmente, las contradicciones sociales pueden producir conflictos psicológicos (De Gaulejac 1987).

Para llegar desde las contradicciones sociales a los conflictos psíquicos, Legrand (1993) propone considerar tres niveles en el análisis: el nivel de lo macrosocial; el de los agentes mediadores (por ej., familia y colegio) y el nivel del individuo. En esta comprensión a tres planos, una atención especial corresponde a los agentes mediadores, ya que es a través de ellos que las contradicciones macrosociales se transmiten a los individuos. Por esto la necesidad, cuando se está frente a una historia de vida concreta, de explorar acuciosamente las contradicciones que portan los agentes mediadores que han estado presentes en la socialización del individuo. En este marco, ciertas contradicciones son de orden intrafamiliar, como los mensajes opuestos, incluso paradójicos, que reeditan claramente contradicciones de la esfera macrosocial. Y otras corresponden más bien a contradicciones entre distintos agentes mediadores, particularmente entre los modelos transmitidos por la familia y aquéllos que provienen, por ejemplo, de la escuela.

Esta propuesta de comprensión considera un segundo paso en el camino de vincular las contradicciones sociales a los conflictos psíquicos. Éste implica la distinción de tres momentos de complejización y profundización sucesivas. El primero, basado en el planteamiento de Bourdieu (1980) sobre la incorporación de lo social, que la concibe como la relación entre las contradicciones sociales y los conflictos de "habitus". Un segundo nivel de esta propuesta de comprensión, liga estas contradicciones sociales a los conflictos entre las instancias psíquicas, incorporando así la dinámica propiamente psíquica, en el sentido psicoanalítico, lo que no impide que la propuesta general se mantenga en la perspectiva del individuo social. Y un tercer nivel de esta proposición de comprensión entre lo social y lo psíquico, la concibe desde la relación entre los conflictos psicosociales y aquéllos de orden psicosexual, reconociendo así la autonomía (relativa) de la dimensión psíquica.

Este tercer nivel de análisis propone con mayor claridad una doble lectura de la condición del individuo. Una primera que nos refiere al desarrollo psicosexual y otra que la liga a sus orígenes sociales. Dos lecturas diferentes, pero no contradictorias ni excluyentes. Más aún, ellas son susceptibles de una articulación dialéctica, permitiendo que las lógicas privilegiadas en una y otra se conecten e influyan de manera recíproca. "Las transmisiones psicosociales que descienden desde lo macrosocial al individuo por la vía de los agentes mediadores pasan siempre a través del

filtro activo de las dinámicas psico-pulsionales que las orientan, las re-elaboran y en algunas oportunidades las subvierten..." (Legrand 1993: 97).

Es el refuerzo mutuo entre estas dos lógicas, psicosocial y psicosexual, el que abre un camino de comprensión, compleja y matizada, de la experiencia humana, y en especial a la temática de género que nos preocupa en esta reflexión.

Miradas de género desde el enfoque biográfico

La investigación con relatos de vida ha enriquecido la percepción de algunas características y tendencias de cambio en la identidad y roles de género. No es la intención de este artículo ahondar en estos hallazgos; nos interesa más bien mostrar el tipo de contenidos que abre una mirada investigativa que pone de relieve la dimensión subjetiva y singular.

Un ejemplo de esta línea de trabajo dice relación con una lectura de los cambios en los roles de género.³ El análisis de diversos relatos de vida de hombres y mujeres muestra un ejercicio cotidiano de los roles de género mucho más flexible que el predominante durante tanto tiempo en nuestra sociedad. Sin embargo, en ningún relato esta flexibilidad es transmitida como un cambio o como un logro emancipatorio, ni mucho menos como una conquista política. Pareciera más bien que estos nuevos comportamientos resultan de la necesidad de adaptación a los requerimientos de la vida moderna. Por tanto, la mayor flexibilidad de los roles domésticos no respondería necesariamente a una concepción más igualitaria de la pareja y la sociedad, sino a la necesidad de adaptación a realidades nuevas asociadas a las modernizaciones que ha conocido nuestro país en las últimas décadas. Nos referimos, por ejemplo, a la necesidad económica del trabajo femenino, a la falta de ayuda doméstica, a los desplazamientos más largos a través de la ciudad, a la exigencia por formación técnica y profesional, etc. Nuevas realidades que, de alguna manera, significan y obligan a una mayor flexibilidad de los roles.

Asimismo, encontramos en los relatos una suerte de desfase entre la práctica —el ejercicio de los roles de género— y el discurso sobre sí mismo en tanto hombre o mujer. Es decir, una práctica que aparece cercana a los modelos modernos y un discurso marcado por parámetros tradicionales respecto al género. En lo relativo a la definición personal, hay contenidos más tradicionales de lo femenino y lo masculino, que parecieran compensar un cierto desequilibrio (del ordenamiento "natural") al que las personas asocian el ejercicio de roles de género más flexibles. Sin duda, esta necesidad de compensar o de equilibrar está vinculada a un contexto de tensiones y conflictos relativos a la definición de los géneros.

Las implicancias de estas tensiones no son menores. No se trata tan sólo de cambios superficiales: los cambios asociados al género ponen en juego aspectos muy fundamentales de la definición de una persona. Los contenidos de género han tenido históricamente un poder ordenador y de sentido muy grande. Si este orden aparece debilitado —por las contradicciones sociales— es posible que, subjetivamente, los cambios o los nuevos referentes se perciban como una amenaza a la estabilidad personal. Recordemos que el equilibrio personal requiere, entre otros, una cierta coherencia de las representaciones y valores que dan significado al propio ser, y aquéllas que

³ Esta lectura se basa en algunos de los hallazgos de la investigación "Identidad y roles de género: procesos psicosociales", actualmente en curso para ser presentada como parte de la tesis de doctorado de la autora.

permiten desenvolverse en el entorno. Tal coherencia significa que estas características deben al menos ser homogéneas, en el sentido de que provengan de un mismo modelo (Camilleri 1990).

De este modo, podemos pensar que si el sujeto percibe los referentes de género más modernos como exigencias, ellos le aparecen como una amenaza a su identidad, en tanto pueden debilitar algunos de sus aspectos constitutivos, como el sentimiento de continuidad y la unidad de sentido.

Dicho de otro modo, la manera en que se han ido instalando en la sociedad los nuevos referentes culturales de género ha generado importantes contradicciones sociales, que son percibidas por los individuos como amenaza a la legitimidad, valoración y sentido de la propia identidad de género. Esto significa que una plena identificación con las nuevas pautas culturales de género se asociaría a un cierto riesgo en términos de la valoración y del sentido de la propia identidad.

Pero también este mecanismo funcionaría a la inversa. Es decir, el mantenimiento invariable de los referentes tradicionales de género también estaría asociado a la falta de valoración y sentido de la identidad, ya que sería signo de una falta de capacidad de adaptación a los nuevos escenarios, que parecen exigir desempeños más “modernos”.

Este sentimiento de amenaza que aparece en los relatos, asociado a la exigencia de ser moderno y tradicional a la vez, permite plantear la hipótesis de que las personas, frente a este doble mensaje social, desarrollan diversas reacciones o *estrategias identitarias*, a fin de preservar la valoración y sentido de su identidad. El término estrategia nos refiere aquí a una serie de comportamientos que están orientados (consciente o inconscientemente) a preservar la unidad y continuidad de la identidad, y a defenderse de las eventuales agresiones que resultan de un conflicto,; de un cambio o de fuertes contradicciones sociales (Camilleri 1990).

Por tanto, más que cambios de la identidad de género, los relatos sugieren *estrategias identitarias de género*. Éstas describen las diferentes respuestas de los individuos frente a las contradicciones sociales (la coexistencia de modelos, el doble mensaje, la exigencia de ser eficientes) respecto al género. Se trata de respuestas o mecanismos de adaptación que buscan resolver la contradicción de modo de no ver amenazada la estabilidad personal.

Al conceptualizar de esta manera los cambios, se va dibujando una suerte de tipología de estrategias identitarias de género, que dan cuenta de diversos mecanismos de respuesta de protección. Así, por ejemplo, la negación total del conflicto; la evitación de éste; la inversión semántica —la transformación, a través del lenguaje, de lo negativo en positivo— o la recomposición identitaria, que introduce nuevas categorías o cambios semánticos ligados a la producción de nuevos rasgos de identidad colectiva.

Muchas de estas estrategias permiten pensar en un fenómeno muy particular y preocupante, a través del cual los chilenos y chilenas estaríamos intentando, sin darnos cuenta, una resolución individual de un problema social. Es decir, el asumir la transformación de las condicionantes de género como exigencias o metas personales enmarcadas en los modelos de éxito y desarrollo, implica convertir un problema social en uno exclusivamente de responsabilidad individual. Y esto, ciertamente, es una tarea que nadie quiere y a nadie le corresponde absorber de manera personal.

Lo anterior no significa una falta de reconocimiento de los cambios que efectivamente han operado en relación a la condición de género. Se trata, más bien, de dar cuenta de la dificultad que ello reviste, dado que la exigencia social implica adoptar nuevos elementos sin modificar aquéllos

tradicionales que permanecen. Hay una invisible propuesta social de compatibilizar dos modelos socioculturales que, en rigor, respecto al género, no son conciliables.

Vemos entonces, en este caso, un ejemplo de la paradoja que antes mencionáramos. El análisis de relatos de vida, de sus dramas y conflictivas singulares, pone en discusión al mismo tiempo la especial y contradictoria manera que caracteriza el cambio social hoy día en nuestro país. El conocimiento de la dimensión subjetiva, el sumergirse en el conflicto individual, nos significa también conocer e iluminar importantes dimensiones de un fenómeno universal, como es la condición de género.

Referencias bibliográficas

- Bourdieu, P. 1980. *Le sens pratique*. Paris: Ed. de Minuit.
- Camilleri, C. 1990. "Identité et gestion de la disparité culturelle: Essai d'une typologie". En: C. Camilleri y otros. *Stratégies Identitaires*. Paris: PUF, Collection Psychologie d'aujourd'hui.
- Daneau, A. M. 1988. "Romans personnels, traits d'histoire commune". Memoria, FOPA, Universidad Católica de Lovaina. Louvain-la Neuve.
- De Gaulejac, V. 1987. *La névrose de classe*. Paris: Hommes et Groupes Eds.
- Ferrarotti, F. 1983. *Histoire et Histoires de vie*. Paris: Méridiens.
- Gomariz, E. 1992. "Los estudios de género y sus fuentes epistemológicas: periodización y perspectivas". En: *Fin de siglo: Género y cambio civilizatorio*. Santiago: ISIS Internacional, N° 17.
- Legrand, M. 1993. *L'approche biographique*. Paris: Hommes et Perspectives Eds.
- Pineau, G.; Marie-Michèle. 1983. *Produire sa vie, autoformation et autobiographie*. Montréal: Ed. Saint Martin.